**VISIÓN ANDINA DEL MUNDO**

**EL SER DEL AGUA**

Por: Roberto A. Restrepo A.
(Artículo escrito para la UNESCO y publicado por esta entidad)

**Del contexto al texto**

Fue hace mucho tiempo cuando en el desierto de Arizona, en compañía de un anciano navajo, supe de la “visión del águila”. Sentados a la sombra de la “gran roca”, el anciano escuchaba pacientemente mi “disertación” sobre el pensamiento de los pueblos indígenas de mi país; de pronto fijó su mirada en un águila que volaba arriba de nuestras cabezas. Se dirigió a mí y comenzó a hablarme: -La visión del águila es lo que compartimos todos los seres que habitamos primero esta tierra. Cuando el águila está allá arriba, está mirando un territorio inmenso. Tan grande, que nosotros no podríamos abarcarlo. Todo lo ve, hasta lo más pequeño, en todos sus detalles. De pronto salta un conejo y ella, volando tan arriba, lo siente correr entre las hierbas; se fija en él y mira el terreno, siente el viento y calcula como ambos, conejo y viento, pueden corretear entre las sinuosidades del suelo. Toma en cuenta todas estas cosas y muchas otras; tantas, que no puedo enumerarlas. De repente se lanza al vacío, como hacia la muerte, tan rápido como una flecha.  Baja rauda y cuando uno cree que se estrellará sin remedio, voltea en el aire y toma la presa. Todo es instantáneo y preciso. Un segundo, diez centímetros y el águila estará herida o muerta. Pero no, se eleva con el conejo entre sus garras. Esta acción tan precisa es lograda porque el águila, allá arriba, puede verlo todo en conjunto, con cada uno de sus detalles que son como hilos entrelazados que hacen la realidad del mundo del aquí y el ahora. Esa es la visión del águila, cuando uno entiende todo el tejido y entonces puede tocar cada puntada y cada hilo y sus decisiones  son correctas.

La visión andina del agua está enmarcada en la “visión del águila”.  El agua nunca se mira como un elemento separado, sino como un ser vivo que hace parte del tejido de la vida dentro de la comunidad de la naturaleza, que los kechuas llaman Sallka. Por lo tanto, el agua es uno de los seres constitutivos del territorio, junto a los humanos y la comunidad de las deidades. Es familia y establece, junto a las otras dos comunidades, una crianza mutua, relacionándose mediante el diálogo, la reciprocidad y la complementariedad.

La cosmovisión -visión del águila- es, para las tres comunidades -deidades, naturaleza y seres humanos-, el contexto mayor, el núcleo, el eje de toda manera de vivir, la indicación  de cómo estar en el mundo. Se está en el mundo para ser y no, como entre nosotros, los occidentales, se es para estar. Es la visión que compartieron y comparten casi todos los pueblos originarios de la Antigua América desde que era Abya Yala,  “tierra fértil rodeada por el agua”.

Esta cosmovisión, representada en la Ley de Origen de cada pueblo, es su referente de relacionamiento, de deberes y derechos, de significantes y significados; se expresa mediante el mito y se hace operativa en el rito, que es igualmente celebración y fiesta. La cosmovisión se expande y amplía, como las ondas del agua en el lago, en ondas sucesivas que la contienen y que nosotros denominamos pensamiento y cultura.

Cuando la cosmovisión se transforma en Ley de Origen, lo hace porque está en relación directa con un territorio que incluye a la comunidad de lo sagrado, la comunidad de la naturaleza y la comunidad humana, Waka, Sallka y Runa en kechua andino. Esta Ley de Origen orienta a los sabedores de una comunidad humana para hacer pensamiento con el fin de aclarar, desde esta ley mayor, los asuntos de la comunidad. Por ello en la Sierra Nevada de Santa Marta, en Colombia, denominada el “Corazón del Mundo”, los mamos o sabedores espirituales de los cuatro pueblos –kogis, arhuacos, kankuamos y wiwas-, guardianes de las cuatro esquinas y los cuatro elementos de este corazón –tierra, fuego, aire y agua- se reúnen en la kankúrwa o “casa sagrada”, para, luego de encender los cuatro fuegos y establecer el centro con el mamo, dedicarse a “hacer pensamiento” recreando su ley de Origen, buscando solucionar problemas concretos de su estar en el mundo.

Pero tanto cosmovisión como pensamiento necesitan concretarse en acciones de recreación del mundo en la aparente realidad, lo que establece el ámbito de la cultura, que es el hacer en el mundo desde la acción que recrea el pensamiento. Todo lo perceptible por los sentidos externos es cultura expresada en la forma. La cultura es una forma del hacer de todos los seres vivos, no solo del ser humano. Por tanto el agua, parte de este tejido interconectado en lo más profundo, tiene vida, hace parte de una cosmovisión, genera pensamiento y posee cultura.

Ahora bien, el asunto central de este proceso y la diferencia fundamental entre el mundo originario y el mestizo, es la coherencia con que se entrelazan cosmovisión, pensamiento y cultura. Si cualquier acción en el mundo refleja fielmente un pensamiento, que a su vez refleja fielmente una cosmovisión, ese hacer es coherente y armónico. Si, por el contrario, como ocurre en el mundo mestizo impuesto desde hace quinientos años, la cultura como acción no recrea el mundo, sino que trata de dominarlo, controlarlo, usarlo y poseerlo acumulativamente, esta acción cultural niega o anula el pensamiento y por tanto la cosmovisión. El resultado está a la vista.

Ello nos lleva a una pregunta fundamental. ¿Qué es ser indígena, en esencia? La respuesta es una: el respeto real a una Ley de Origen y la coherencia, respetando esta ley, de su forma de estar en el mundo. Este es el camino de convertirse realmente en ser humano desde el pensamiento indígena.

El mundo así estructurado, desde una cosmovisión madre, se puede imaginar como un mundo-tejido: el telar que refleja las cuatro partes del mundo y sus cuatro esquinas, donde se tejen urdimbres de relación y tramas diversas. La urdimbre es la cosmovisión compartida diacrónica y sincrónicamente por los pueblos originarios desde el poblamiento, permitiendo un relacionamiento profundo; las tramas, que comienzan cuando cada cosmovisión genera pensamientos más específicos, se  van dando en la diversidad sorprendente de los pueblos y sus culturas, al ir éstos ocupando territorios diferenciados por posición y clima.

No es casualidad que en la visión de los kogi en la Sierra Nevada de Santa Marta, actual Colombia, el territorio se considera como un gran telar cuya delimitación está dada por los cerros sagrados y los ríos principales que descienden desde los nevados sagrados hasta el mar, la madre de las aguas.  El tejido se hace cuando los seres vivos transitan los caminos que cruzan el territorio tanto en forma vertical, entre diferentes pisos ecológicos, urdimbres, como en los que entrelazan valles interandinos en forma horizontal, constituyendo las tramas de diversidad territorial y cultural. Es en esta geografía sagrada donde se han tejido los relacionamientos entre lo sagrado, el territorio y la cultura. Ya los antiguos tayronas, antecesores de los cuatro pueblos originarios actuales, construyeron su urbanismo y arquitectura de piedra y agua, uno de los más interesantes diseños orgánicos que se conocen en  América. Por eso una de las preocupaciones fundamentales de los mamos o autoridades sagradas de estos pueblos es la forma como el “hermanito menor”, los mestizos y blancos de la otra cultura, están manejando el agua, concebida en simples términos de bien de uso, apenas considerándose como un tejido cuando se enfoca en términos de cuencas hidrográficas.

La sierra Nevada de Santa Marta posee por lo menos treinta y cinco de estas grandes cuencas que pertenecen a la vertiente del Mar Caribe. Lo grave es que las cuencas muestran serios impactos ambientales, perdiéndose casi el 49% de su escorrentía en menos de veinte años, comprometiendo el suministro de agua dulce potable, no solo a los pueblos indígenas de la Sierra, sino a importantes centros urbanos como las tres capitales de esta región del país: Valledupar en el Cesar, Santa Marta en el Magdalena y Riohacha en la Guajira.

Un caso semejante se presentan en uno de los más importantes humedales americanos, ubicado al noroccidente de la actual Colombia, conocido como la Depresión Momposina, más de 500.000 hectáreas de humedales, que constituyen algo así como el “riñón” del territorio colombiano. Es en la Depresión Momposina, conocida como la “Mojana”, donde vierten sus aguas llenas de sedimentos tres de los grandes ríos colombianos: Magdalena, Cauca y San Jorge, llegando ya depurados a su desembocadura en el Mar Caribe. Durante cerca de 1.500 años, el pueblo originario de los Zenúes intervino sosteniblemente este territorio, manteniendo su equilibrio, en uno de los casos de ingeniería hidráulica más interesantes de la América Originaria.  Hoy los descendientes de este pueblo indígena luchan desesperadamente por conseguir agua potable. Durante los últimos veinte años, nuestro mal manejo del ecosistema de humedales trajo el casi colapso del mismo, destruyendo el sistema natural y su recreación realizada por los zenúes. Los zenúes siguen pensando que el agua es un ser vivo, con quién se debe dialogar y reciprocar bajo otros principios.

Ciclo del agua en el pensamiento andino:

El agua es vida, cosmovisión, pensamiento, cultura y el camino conector entre semillas de lo sagrado, la naturaleza y los seres humanos.

El agua mora como semilla celeste en el Mundo de Arriba (Hanan Pacha), dentro del Río del Cielo, Vía Láctea, de donde, impregnada con el semen solar, desciende en forma de nube para condensarse sobre la tierra; de allí cae como agua-tejido en forma de lluvia hasta llegar a la piel de la madre;  la penetra entrando a su útero-Inframundo (Ucku Pacha), donde fertiliza las semillas de toda vida logrando sus diferentes formas; una vez fertilizadas las semillas en “nuestra madre, nuestro padre”, emergen a través de las aguas subterráneas al Mundo Medio (Kay Pacha) donde se expresan como las tres comunidades básicas: deidades (Waka), naturaleza (Sallka) y seres humanos (Runa).

Cada una de estas comunidades –Waka, Sallka y Runa-, habitantes del Mundo Medio en que todos existimos, tiene un carácter dual: son femeninas y masculinas al mismo tiempo, con diferentes grados de expresión, ya sea preponderantemente femenina o preponderantemente masculina. Todo el proceso de la vida, que denominamos humanización, como experiencia vital, busca lograr la complementariedad de estos dos principios hasta armonizarlos como todo. Por ello las tres comunidades establecen un tipo de relacionamiento que podemos denominar diálogo, reciprocidad y complementariedad. Todas tres son incompletas, incluso las deidades, y precisan las unas de las otras. Esta completitud comienza con un dialogar que se establece mediante la observación consciente y el modo de conocer que es realmente un modo de recordar.

Dialogar es escuchar al otro a través de todos los sentidos y dejar sentir nuestra voz no como una posición de autoridad, sino como una expresión ejemplar, de experimentación propia, que opera solo como ejemplo a considerar; se dialoga con lo sagrado a  través del ritual, con la naturaleza a través del saber hacer y entre nosotros con la palabra oral, la que teje relaciones, ejemplos particulares y posibilidad de compartir experiencias en un mundo tejido donde todos somos hilos y puntadas entrelazadas. Reciprocamos cuando no imponemos, ni controlamos, ni dominamos, sino que permitimos, respetuosamente, la expresión del otro, para entender y sentir en que lugar y momento nos tejemos juntos, sin dejar de ser cada uno, ahora como jaqui: pareja, comunidad. Todo el proceso de dialogar, reciprocar, hacernos complementarios armónicamente, puede considerarse como una crianza mutua, donde criamos para ser criados, pero como criamos somos criados, lo que implica una ética y una estética; ética que implica la reciprocidad, el respeto y la sabiduría de la crianza; estética que se plasma, precisamente, tanto en la Ley de Origen, como en el pensamiento y la cultura, que es todas las formas que damos al mundo cuando lo recreamos en diversidad: tejido de hilos, tejido de agricultura, tejido de riego, tejido de caminos, tejido de casas y centros ordenadores, de templos y huacas, tejido de cerámicas, de esculturas, de objetos metálicos, de vestuarios, canciones y palabras; tejido de agua.

El ser agua:

El agua es femenina cuando es portal liminal entre mundos: el mar como Mama Cocha, al igual que las lagunas quietas y cerradas y los puquiales; o cuando habita en las cuevas que se profundizan. Es masculina como hielo y nieve, en los apus o montañas, condensada en el granero glacial del agua para permitir el fluir de los ríos y quebradas, agua conectora, que al final llega hasta el mar-madre.  Desde las cuevas profundas emerge de nuevo como semilla femenina de nube, que asciende hacia el mundo celeste en espiral calendárica.

Ciclo del agua desde la cultura Olmeca, Mesoamérica, 800 a.n.e.

El agua, es, pues, desde esta visión andina originaria,  parte de la comunidad de la naturaleza con la que compartimos vida, origen, la dualidad que somos, complementariedad necesaria, crianza mutua. Para ello precisamos entender que no es un objeto, simple H2O (la torpe visión de la piel donde se pierde el corazón y el alma de las cosas), un mero recurso para ser controlado, usado y acumulado de acuerdo a intereses individuales, sino un hermano o hermana (depende de cómo se manifiesta en su forma y energía), con la que compartimos un destino común en esta experiencia del Mundo Medio terrestre, parte del cual es aprender a establecer un diálogo en reciprocidad que nos permita volvernos complementarios para podernos criar mutuamente. Entonces, sabremos relacionarnos.

El agua fecundante se mueve entre diversos ciclos del espacio-tiempo (pacha). Ya hablamos de un macrociclo que engloba desde la Vía Láctea al Inframundo y hace la forma de su circulación cósmica y planetaria. Pero el ser agua, la persona agua, también tiene ciclos más particulares de manifestación: continental, regional, en cada pacha local. Por ello el diálogo y la reciprocidad tienen diferentes niveles y la observación diferentes paisajes y alcances. Se dialoga con el clima y sus señales para entender el tipo de año agrícola que viene respecto al agua: si sequía, si lluvias regulares, si inundaciones; con la época del año en que se mueve este ciclo agrícola y la expresión del agua: barbecho, preparación del terreno, siembra, desyerbe, riego, fructificación, cosecha, almacenamiento; con el pacha puramente local en el ayllu o la comunidad y con respecto a otras comunidades y al territorio archipiélago (ubicado en diferentes ecosistemas y pisos climáticos) para lograr la seguridad alimentaria; en fin, se teje la unidad-complementariedad dentro de la diversidad que la hace posible. Es en este diálogo y reciprocidad donde se comprende, vivencialmente, el hecho de la multiculturalidad en diálogo con la pluridiversidad ecosistémica.

Ahora bien, el ser agua no existe solo; es familia con la naturaleza y estructurador del territorio. Otro nivel de diálogo y reciprocidad se establece al interior de esta primera familia en la comunidad naturaleza: entre plantas, animales, tierra, viento, agua, fuego, movimiento (los cinco seres-elementos), quienes dialogan entre sí y con los humanos cuando se sienten. En la chacra el agua está en relación de diálogo y ayni (reciprocidad) con el suelo específico en el que habita y camina, con lo cultivos que allí crecen como tejido familiar, con los animales que se crían en este ambiente, y con el microclima natural y recreado de la chacra. Todo es un tejido vivo de urdimbres y tramas en ciclos de expansión-contracción complementados en la chakana. Cuando el ser humano dialoga con la chacra y por ende con el agua, lo hace mediante el ritual y su saber hacer, incluyendo el sol, las estrellas, las nubes, el rayo, el granizo, la lluvia, la helada, el viento suave o huracanado, el agua que riega o inunda, la sequía, plantas y animales, el inframundo y el mundo celeste con todas sus deidades, como los cerros sagrados y los nevados.

El ser humano debe aprender a observar ese diálogo intercomunitario expresado en las señales visibles de lo que puede acontecer; luego debe él dialogar con esta familia-chacra y establecer su reciprocidad entre comunidades. Por ello todo nivel de crianza mutua comienza con el ritual, el diálogo mayor que propicia toda otra relación, iniciándose desde el agradecimiento hasta la solicitud. El diálogo con la naturaleza y el ser agua se da, a partir del ritual, mediante el lenguaje de la observación, el recuerdo y el saber hacer que es aplicación y experimentación. Finalmente la comunidad humana dialogará entre sí, para entender como la experiencia de cada uno, en su pacha particular, puede articularse con la de los otros y como el ejemplo de unos permite una mayor comprensión a los demás. No hay un criterio de verdad absoluta, abstracta, de autoridad por superioridad, sino la sabiduría de entender las tramas diversas y poderlas articular en urdimbres de comprensión de los procesos en sus diferentes ciclos y niveles. No importa lo hegemónico sino lo semejante compartido.

En este orden de cosas el agua, ser vivo femenino y masculino, con cuerpo, corazón, energías, carácter, sentimientos y cultura, debe ser respetada en la forma como quiere ser criada para permitir, en reciprocidad, una buena crianza de la naturaleza y lo humano. Por ello solo se debe embalsar cuando es necesario, canalizar cuando ella lo indique, acumular temporalmente para un bien comunitario. Como toda energía, cuando se detiene y acumula sin razón, se descompone; cuando  se trata de acaparar y pervertir, se desborda; toda energía viva debe fluir por el tejido conectando las partes del sistema en un cuerpo planetario. Mama Cocha como mar, lagunas, puquios, quebradas y ríos, hielos y nieves, son personas que van conversando, ofreciendo su sabiduría y también aprendiendo de los otros. La clave de esta relación entre las tres comunidades y en ellas con el agua, es que en los Andes cada uno se sintoniza con el mundo tal como es para entenderlo y criarse, no para usarlo y transformarlo. Y la salud de una comunidad depende de la de las otras dos; o están saludables las deidades, la naturaleza y los humanos, o la salud es precaria porque no puede fragmentarse.

En estos procesos de crianza mutua el saber y el conocer se dan mediante el dialogar y reciprocar en la acción misma, donde el territorio y la chacra, el agua en todas sus expresiones de forma y energía, las tres comunidades juntas, son el aula real. Se aprende por la observación y el ejemplo, al compartir las experiencias y realizar cada acción  por uno mismo, para aportar su propia experimentación, recreación de la realidad, coherentemente con la cosmovisión y el pensamiento que son la urdimbre de la propia comunidad, su identidad primera.

El agua, persona viviente y vivificante, espera aún, en este mundo mestizo y desacralizado, que recordemos los principios del diálogo y la reciprocidad, las formas de la crianza mutua, buscando restituir el orden. Porque todo orden comienza al interior de cada uno, entre sus propios elementos, para  poder relacionarse coherentemente con estos elementos-seres en el gran cuerpo de la Madre.